





LISA MARIE RICE

NOCHE TEMERARIA

4º Serie Dangerous



ARGUMENTO

¿Qué le das a tu hermosa esposa cuando tienes todo el dinero del mundo pero no puedes gastártelo?

Victor "Drake" Drakovitch solía gobernar un imperio criminal, pero lo dejó todo por la mujer que ama. Grace, una artista, abandonó la vida que conocía para estar con el hombre sin el que no podía vivir.

Exiliados de su antigua vida, están a salvo de los ojos observadores de los muchos enemigos de Drake.

Estas navidades Drake quiere mostrarle a Grace lo mucho que significa para él su sacrificio. Pero, ¿qué puede darle a una mujer que no gusta de joyas de oro y diamantes, pieles y coches caros? Grace no quiere cosas bonitas; ella desea lo que Drake puede darle: devoción incuestionable, protección feroz... y el mejor sexo que una mujer pueda tener.

Hasta que el peligro ataca y Grace comprende que el mejor regalo de todos es un marido peligroso.



Malua, Sivuatu

Oceanía

23 de Diciembre.

Manuel Rabat abrió su regalo con el corazón hinchado, sabiendo que sería absolutamente perfecto porque Victoria, su absolutamente perfecta esposa, era una artista de categoría mundial.

Incluso el jodido papel de regalo era perfecto. Papel de regalo hecho a mano. Papel marmolado florentino, con brillantes espirales en turquesa y verde esmeralda. Un trabajo de arte en sí mismo, algo que su brillante esposa probablemente creó sin más alguna mañana en la que tuvo algo de tiempo libre.

Pero el regalo, ah. El regalo no era algo hecho sin más. Era el trabajo de muchas horas que su mujer había invertido porque... lo amaba.

Todavía lo maravillaba.

Miró el pequeño lienzo.

Era un retrato de su mano. Su mano derecha sobre la mesa, un pequeño jarrón con flores al fondo. La miró fijamente. Era increíblemente perfecta. Él tenía manos grandes y fuertes y ella había captado esa fuerza, las venas marcadas, las cicatrices e incluso los callos amarillentos en un lado de su mano después de toda una vida de karate.

Su mano no era hermosa, pero era grande y poderosa, y ella había captado eso perfectamente y la había contrapuesto al delicado jarrón de cristal con flores del fondo, las flores al borde de la marchitez, justo a punto de dejar caer sus pétalos. El contraste entre la poderosa mano masculina y el delicado ramo era alucinante.

El cuadro parecía antiguo, como una pintura renacentista hecha por alguno de los viejos maestros que hubiera viajado en el tiempo hasta su casa, el oscuro fondo y los tonos tierra de su mano contrastando con los pálidos pasteles de las flores.

Señaló el jarrón con las maravillosas flores.

— ¿Qué son, mi amor?

Su esposa sonrió.

— Peonías.

Parecían rosas, solo que más llenas, incluso más hermosas.



Y el toque final perfecto, dándole una pátina de misteriosa antigüedad, un diseño dorado envolviendo los bordes, haciendo un marco dorado dentro del marco de madera trabajada. Y... si lo mirabas de cerca, el patrón perfectamente simétrico revelaba pequeñas «d» entrelazadas. Su señal secreta para él, la única vez que ella se permitía siquiera pensar en su nombre.

Porque su nombre no era en absoluto Manuel Rabat.

En una vida anterior, que sentía como hacía un siglo, su nombre había sido Viktor “Drake” Drakovich. Un nombre que era temido y envidiado en muchos lugares y odiado en todas partes. Un nombre que incluso ahora haría que asesinos a sueldo salieran de entre los árboles si es que hubiera una mínima posibilidad de que estuviera vivo. Los criminales de todas partes del mundo se arrastrarían por las rocas hasta viajar a Oceanía para tener el privilegio de matarlo.

Drake había muerto en una explosión en Nueva York, dejando tras de sí un imperio con valor de miles de millones de dólares. No tenía ni idea de si alguien había tomado su lugar, y no le importaba una mierda. Aquello era otra vida. Tenía dinero suficiente para diez vidas y sobre todo, tenía a Grace, quien ahora era Victoria.

Grace (Victoria) jamás de los jamases cometía un error, ni siquiera en privado. Ella hacía todo lo que podía para mantenerlos a salvo.

Era solo en sus asombrosos regalos hechos a mano que se permitía su código secreto. Una pequeña «d» en algún lugar del regalo. A veces le llevaba hasta una hora descubrirla.

—Esto es bonito, querida —dijo, maldiciendo su incapacidad para expresar a cabalidad lo que sentía. Ella había creado una obra maestra, algo que, si no fuera a acabar en la pared de su estudio, estaría en un museo.

Bonito era una palabra tonta, una palabra inadecuada, una palabra vacía.

Pero la hizo brillar. Ella le sonrió y le besó la sien.

—¿Te gusta? Una vez... —Aquel era su código para referirse al breve tiempo que habían vivido juntos en el ático sobre el cielo de Manhattan que había acabado en llamas. *Una vez*—. Una vez vi tu mano sobre el escritorio y había un jarrón con flores. Lirios de valle, porque era invierno. —Había estado nevando el día en que huyeron. Caía nieve y aguanieve pesadamente del cielo, así como restos de las palas del rotor del helicóptero que su enemigo había derribado a disparos—. Me conmovió tanto la yuxtaposición de tu mano y la delicadeza de las flores que supe que un día lo pintaría. —Lo besó de nuevo—. Así que feliz cumpleaños, querido.

Feliz cumpleaños.



Drake no tenía ni idea de si el veintitrés de diciembre era su cumpleaños o no. Estaba en el pasaporte de una de sus identificaciones mientras operaba en África Occidental como belga, Hugo Van Hoof, y él simplemente lo asimiló.

¿Quién sabía qué día había nacido? ¿O incluso en qué año? Sus recuerdos más tempranos eran de ser un niño de la calle en Odessa. No tenía ni idea de dónde estaban sus padres.

—Mi cumpleaños —dijo amargamente—. Y ahora se acercan las navidades.

Ella se rió porque sabía perfectamente porqué la idea de que se acercaran las navidades lo hacía exasperarse. Porque ella le daría el regalo navideño perfecto, algo tan inusual que él ni habría pensado que lo necesitaba hasta que ella se lo diera y él a cambio le daría... ¿el qué?

No era como si no tuviera dinero para comprarle cosas. Él probablemente podría comprarle un país entero si era pequeño. ¿Tal vez Andorra? ¿Liechtenstein?

Podía comprarle pieles, diamantes, vestidos Valentino. A toneladas. Bolsos de Chanel y zapatos Gucci, en tráilers. Bufandas de cachemir, palos de golf bañados en oro, una colección de Rolex de oro. Un diamante tan grande como el jodido Ritz.

Ella no los quería.

De hecho, en un intento de mantener un perfil bajo, ella específicamente moderaba los gastos. Los *de él*, porque ella prácticamente no gastaba nada.

Cada uno de los regalos que le había hecho habían costado muy poco excepto por el tiempo y el trabajo; habían estado imbuidos de su talento y de amor por él y eran absolutamente invaluable.

La cosa era que Drake era muy listo. Sabía cómo manejar el dinero, sabía cómo manejar las armas, sabía cómo llevar un jodido imperio él solo. Podía batir más o menos a cualquier hombre sobre la tierra en un combate mano a mano.

Pero no tenía ni un ápice de creatividad en el cuerpo. Cuando intentaba pensar en hacerle un regalo en vez de en ir a comprarle la cosa más cara que pudiera, se quedaba completamente en blanco. La amaba como jamás había amado a ningún ser humano. Ella era su vida, su corazón, pero no podía pensar en algo que fuera el resultado de su creatividad, que era inexistente, y no de su cuenta bancaria, que era considerable.

Ella no estaba interesada en absoluto en su cuenta bancaria, lo que todavía le asombraba.

—Ven. —Grace (en su cabeza siempre pensaría en ella como Grace) tiró de su mano—. Ven a ver la mesa que he preparado para la primera fiesta de cumpleaños de tu vida.



La primera fiesta de cumpleaños de su vida.

Era verdad. Jamás se le había pasado por la cabeza organizar una fiesta de cumpleaños. Y si le hubiera pasado, nunca antes tuvo amigos con los que celebrarlo. Solo empleados y enemigos.

Grace también había cambiado aquello. Había invitado al piloto jefe de su aerolínea y su novia, a su chofer (que también era el guardaespaldas de ella aunque nunca se lo había contado), el alcalde de Malua, su nuevo hogar, y a su esposa. Además del presidente de su banco quien ya creía que caminaba sobre las aguas desde que había depositado una milésima parte de su capital en el banco. Ella también había invitado al gerente de la galería de arte que había abierto en la ciudad y a su socio.

Conocidos. Tal vez, ¿quién lo sabía? Tal vez serían amigos un día. De hecho, sin darse cuenta, ya estaban convirtiéndose en amigos. Esto nunca antes le había sucedido.

Saberlo le hacía sentir raro, como un nuevo sabor. Ni siquiera sabía si le gustaba la idea de tener amigos. Solo sabía que no le *disgustaba*.

Él casi nunca, si es que alguna vez, permitía la entrada de personas en su casa, y solo después de haber pasado tres controles de seguridad. No podía hacerles eso a las personas que Grace había invitado a celebrar su cumpleaños, aunque se lo había dejado caer... pero Grace se había negado en redondo.

Sus invitados estaban llegando por la puerta delantera sin siquiera ser cacheados o sin pasar por un detector de metales. Así dictaba la Ley de Grace, que era la ley en aquellas tierras.

Aún y así... confía pero verifica, como decían por ahí. El marco de la puerta de entrada *era* un detector de metales oculto que en vez de señales audibles enviaba vibraciones a su teléfono móvil. Tenía guardas de seguridad colocados discretamente, dos de los cuales servirían las bebidas en el patio.

Otros guardas estaban apostados en puntos ocultos de su extenso jardín y en el piso inferior.

Y de todos modos Drake tenía un sexto o séptimo sentido para detectar quién podría estar llevando armas en su presencia. Pistolas y armas habían sido su vida entera hasta muy recientemente. Estaba más que dispuesto a arriesgar su propia vida (y la de Grace) a que sería capaz de captar un arma oculta.

—Cierra los ojos. —Grace sonrió al verle la expresión, alargando índice y pulgar para cerrarle los párpados—. Ven, tengo algo que enseñarte.

—¿Otro regalo? —preguntó inmediatamente. Dios. Ya la pintura era perfecta. No



podría soportar otro regalo perfecto.

—En realidad no es un regalo. —Drake no podía verla, pero conocía a su esposa muy bien y sabía exactamente qué expresión tenía. Cariñosa, sonriente, solo un poquito exasperada con su marido, quien era tan competente en tantas cosas y tan desastre en tantas otras que para la gente normal eran algo instintivo—. Dame tu mano.

Él alargó la mano y ella la tomó gentilmente y luego tiró.

—Ven conmigo, nada de hacer trampas.

Él se resistió solo un segundo. Ceder el control a otro ser humano iba en contra de todos los instintos que poseía. Toda su vida había estado bajo la amenaza constante de la violencia. Estaba vivo hoy porque había tomado su paranoia innata y la había convertido en una ciencia. De otro modo aquel primer intento de asesinato en Kiev hacía quince años habría acabado con él, por no mencionar los otros veinte que vinieron con el paso de los años.

Estaba vivo porque no confiaba en nadie.

Confiaba en Grace. Con su vida. Pero seguía creándole discordancias cognitivas.

Ella le amaba y le había salvado la vida allá en Nueva York. El hecho de que lo amara era puesto a prueba miles de veces al día.

El imperativo «¡no confíes en nadie!» luchó breve y violentamente con el otro imperativo, «¡confía en Grace!», y confiar en Grace ganó, como siempre. Pero le llevó un segundo superar los instintos arraigados durante toda su vida.

Estaba seguro de que Grace estaría de pie allí, esperando pacientemente mientras él luchaba de manera violenta y silenciosa consigo mismo, un escenario que había visto docenas de veces.

Para cualquiera que no hubiera vivido como lo había hecho Drake, en medio de los criminales más violentos de la tierra, debía de parecer un loco. Pero Grace lo entendía, lo comprendía hasta sus cimientos.

Y lo amaba, a pesar de la oscuridad y el peligro que sabía que yacían bajo la superficie.

Jamás dejaba de maravillarle y emocionarle.

—De acuerdo —dijo, y la oyó respirar.

Ella lo guió por un par de habitaciones y se detuvo en lo que él sabía que era la entrada del comedor. Allí había, como siempre en toda la casa, un delicioso olor a plantas vivas, flores frescas, limones y en esta habitación, comida deliciosa.

—Abre los ojos, amor mío —dijo Grace.



Sus ojos se abrieron de golpe y él miró fijamente.

Un cuento de hadas. Había convertido la sala en un cuento de hadas, tocado por la magia. La sala brillaba con velas, velas por todas partes, en cada superficie. El año anterior había aprendido de un libro a cómo hacer velas y en vez de hacer un barullo como todo el mundo habría hecho, ella había creado una serie de hermosas velas que parecían flores, velas con trocitos de conchas marinas y flores dentro, o retorcidas y sinuosas con formas elegantemente modernas que captaban la atención.

Cuatro enormes velas en pilares estaban en las esquinas. Parecían de alabastro, brillando desde dentro. Él no tenía ni idea de cómo había hecho unas velas tan grandes.

Su mesa del comedor era larga. Hacia el centro ella había cortado unas ramas flexibles y trenzadas a lo largo de la mesa, largas y esbeltas columnas de cera situadas en los intersticios de las velas.

La pieza central era un árbol verde de Navidad de cera con decoraciones rojas colgantes.

Las servilletas estaban colocadas con una forma asombrosamente compleja como flores en mitad de los platos.

Había un olor increíblemente fresco en el aire también, que venía principalmente de las puertas correderas abiertas que daban al patio y la piscina.

Casi había perdido la calma cuando ella le había explicado lo que quería para su nuevo hogar. ¿Puertas abiertas? De locos. Él se había pasado toda su vida adulta tras las puertas y los muros más fuertes que la ciencia pudiera diseñar. ¿Una puerta abierta? ¿Para que los enemigos pudieran entrar?

Llegados a ese punto Drake ya estaba preparado para darle a Grace lo que quisiera, pero aquello iba más allá de todo lo que conocía del mundo.

Al final, por supuesto, cedió, pero no antes de crear en secreto un campo de fuerza de seguridad alrededor del desparramado hogar en un acantilado con vistas al océano. Tenía cuatrocientos sensores de movimiento y una colección de cámaras infrarrojas por todas partes. Si una mosca se posaba en su propiedad, o en un radio de otros cien metros alrededor de su propiedad, él lo sabría.

Aun así.

Miró la ventana abierta, observando largamente las puertas correderas en la pared, y las manos le picaron con las ganas de cerrarlas...

—Relájate —le murmuró su amor, restregándole la espalda, y así lo hizo.

—Viejas costumbres, dusch... —Ella le puso un dedo en la boca, frunciendo ligeramente las cejas y meneó la cabeza muy levemente.



—Se acerca la gente —dijo de manera calmada.

Por supuesto. Manuel Rabat, hombre de negocios maltés que había pasado tiempo en América, jamás diría el término cariñoso *duschka*.

—Querida —finalizó él y ella le sonrió y lo besó. Solo rozarle los labios con los suyos y todas aquellas cosas... desconcertantes en su interior, que lo tenían desequilibrado de repente se colocaron, enfocaron y ardieron brillantemente por el deseo que sentía por su esposa.

Él no sabía qué hacer con las otras emociones, e incluso reconocer que tenía emociones le parecía algo extraño, pero por Dios, sí sabía qué hacer con aquello. Cerró las manos entre su pelo suave y grueso y profundizó el beso, haciendo que todo lo que giraba en su interior se paralizara de golpe, concentrado como en un punto diamantino en ella, en su boca.

Drake estaba empezando a bajarla al suelo cuando sonó suavemente una alarma.

Uno de sus invitados; si no el personal de seguridad se lo habría notificado.

Grace se separó, sonriendo, e inclinó la frente contra la suya.

—Nuestros invitados están llegando.

—Sí. —Besarla era lo único que posiblemente podría hacerle olvidar que unos extraños (y el mundo entero eran extraños en lo que a él concernía) estaban llegando a su puerta.

Seguía pareciéndole extraño.

Y entonces Drake observó la cara de Grace y vio algo, algo que ella olvidó ocultarle. Ella deseaba aquella noche. Quería compañía y conversación.

Él sabía que ocultaba sus verdaderos sentimientos sobre la manera en que tenían que vivir, mientras le aseguraba una y otra vez que él ya era suficiente para ella. Que el mundo no importaba.

Pero sí lo hacía.

Sivatu era un paraíso en la tierra en términos de clima y naturaleza, pero no había vida cultural. Ni un poco. Sabía que allá en Nueva York ella había ido a casi todos los conciertos en el Lincoln Center, comprando entradas a veinticinco dólares y arriba del todo en los palcos porque tenía poco dinero, pero allá estaba ella. Fue a todas las obras en Central Park y a todas las obras teatrales de off-Broadway a las que pudo permitirse ir.

Pero no había nada que se pareciera a aquello por allí.

Vivían aislados por su paranoia. Una paranoia absolutamente justificada, era verdad, pero igualmente limitante.



Grace llenaba bien su vida. Pasaba sus días pintando y se había volcado en la jardinería. Las plantas eran una cosa en la que Sivuatu sobresalía. Ella parecía y actuaba como si fuera feliz.

Pero es que ella lo amaba y jamás de los jamases se quejaría. Él la conocía lo bastante para saber eso.

Justo en aquel momento ella estaba ansiando tener invitados. Disfrutaba de decorar el comedor. Estaba claro por el tierno cuidado que le había puesto. Ella encontraba placer en aquella noche.

Así que fuera lo que fuera que le costara en términos de paz mental, valía la pena. Su esposa necesitaba el mundo, o al menos el rinconcito que él sentía lo suficientemente seguro para darle.

Y entonces fue cuando el plan entero le vino a la cabeza. El regalo *perfecto* para Grace. ¡Y podría arreglarlo todo aquella noche!

El alcalde y su esposa estaban entrando, sonrientes, mirando a su alrededor maravillados. Sonriéndole a Grace. Sonriéndole a él.

Drake caminó hacia ellos para saludarlos, preguntándose si aquello iba a convertirse en su nuevo estilo de vida.

Preguntándose si lo pagaría con su vida.



—Bueno. —Grace (ahora Victoria) apoyó la mano sobre el hombro de su marido después de que se fueran sus invitados. Incluso ahora que lo había tocado millones de veces, todavía la emocionaba sentirlo bajo sus dedos.

La primera vez que lo había tocado fue como apoyar los dedos contra una máquina poderosa, una sensación extraordinaria de puro poder bajo la punta de sus dedos; y seguía siendo así.

Su esposo giró la cara hacia ella, colocando su enorme mano sobre la suya.

—Bien.

Grace estudió su rostro. Como siempre, transmitía muy poco. Su esposo había aprendido a ocultar sus expresiones en lugares muy duros.

—Tu primera fiesta de cumpleaños. ¿Qué opinas? No estuvo tan mal, ¿no?

—No. —Dejó escapar un poco de sorpresa, frunciendo el ceño—. No, no estuvo mal.



—Y tú de hecho te lo has pasado bien, ¿verdad? Vi aparecer un par de sonrisas. Me sorprendiste tremendamente. —Su esposo tenía una visión de la vida sombría y oscura, y ella había hecho de su objetivo en la vida el aportar algo de alegría y luz lentamente en ella.

Él abrió los ojos.

—¿He sonreído? —Ella entendía su sorpresa. Las sonrisas eran algo escaso en él.

—Oh, sí. —Lo besó—. Sonrisas verdaderas y reales. Los labios se inclinaron hacia arriba y todo. Te hicieron muy guapo. Vi que la mujer del alcalde te echaba un segundo vistazo.

—Venga, eso no es posible, dusch... —Se detuvo y meneó la cabeza, corrigiéndose a sí mismo—. Cariño, ahora soy tan feo como el pecado. Ya lo viste.

Ella no lo veía así por mucho que lo observara. Un brillante cirujano plástico había alterado los puntos principales de su rostro para evitar ser detectado por los software de reconocimiento facial. Ahora su nariz era más chata, una barbilla ligeramente diferente, haciendo sus fuertes rasgos un poquito más comunes.

—Definitivamente no. Tú jamás podrías ser feo. —La sonrisa que había amenazado con aparecer, se liberó—. Estoy muy contenta de que te lo hayas pasado bien, aunque estabas demasiado vigilante, siempre. ¿Te esperabas que alguien sacara una pistola y empezara a disparar al pescado y el sorbete de limón?

A su marido no le habría sorprendido si hubiera pasado aquello. Eso sí lo sabía. Estaba listo para cualquier cosa. Un punto de violencia inesperada y su marido reaccionaría instantáneamente.

Él se encogió de hombros.

—De hecho, la fiesta para cenar fue encantadoramente libre de pistolas. Y todo el mundo se lo ha pasado bien.

Él todavía parecía un poquito sorprendido por eso. Grace sabía que casi no había habido eventos sociales en su vida anterior. Cualquier cena con otra gente habría sido de negocios, principalmente con criminales y sabandijas, y siempre y cuando hubieran insistido sus socios. Drake decía que odiaba negociar en la mesa. Él había cenado con sus amantes, pero aquello era diferente.

Había sido extremadamente abierto con ella acerca de su gran cantidad de vida sexual antes de conocerla, así como había dejado tremendamente claro que toda esa parte de su vida se había acabado para siempre.

—Por supuesto que se lo han pasado bien. Eres un hombre fascinante y...

—No, querida. —Le besó la frente, viéndose mucho más seguro de sí mismo ahora—. Se lo han pasado bien porque has creado un escenario muy elegante, la



comida era fabulosa y tú eres una anfitriona encantadora. Hiciste que todos se sintieran a gusto. Un oso salvaje se habría podido relajar en la cena que has organizado.

Grace sonrió. Era verdad, para su propio asombro. Ser capaz de hacer que la gente se sintiera a gusto era una nueva habilidad que se había... materializado.

Se había pasado toda su vida completamente aislada de todos. Era un alien con piel humana. Una artista luchando en un mundo que no se preocupa por el arte, incapaz de jugar a los juegos que otros neoyorquinos consideraban parte integral de sus vidas.

De alguna manera Drake había cambiado eso. Él la amaba como mujer y como artista, la amaba exactamente como era y era como si su amor hubiera reventado los grilletes de acero, liberándola. Ahora encontraba fácil relacionarse con diferentes personas, aunque Drake y ella llevaban vidas muy privadas.

—No ha habido osos salvajes —le reprendió suavemente.

Aunque a juzgar por su cautela la primera hora, sí podrían haber estado. Drake había estado firme y formal, y había puesto los ojos en blanco algunas veces. Luego se había calmado. De hecho había desaparecido junto con su piloto jefe durante media hora. Sospechaba que habían salido a fumar un cigarro, pero habían superado el test del olfateo.

Le acarició el hombro.

—Hemos reunido para cenar gente perfectamente agradable sin otras intenciones aparte de pasarlo bien. Y —dejó caer su pequeña bomba como si nada— hacerse amigos nuestros. Tuyos.

Su esposo era el más controlado de los hombres. Si no hubiera tenido las manos sobre su hombro no habría notado el pequeño sobresalto al oír la palabra *amigos*. El concepto de tener amigos todavía era algo que desequilibraba su mundo.

Ella le acarició el cuello con la nariz; no se cansaba nunca de sentirlo.

Se habían conocido en mitad de la violencia y la tragedia. Él había matado a cuatro hombres frente a sus ojos antes de siquiera saber su nombre. Pero desde el primer momento él había echado sobre ella un manto de protección. Aunque su aspecto era para dar miedo, y daba miedo, a ella no la había asustado nunca. Ni durante un segundo.

Ella jamás se lo diría, y se avergonzaba de admitirlo incluso para sí misma, pero se había enamorado de él en el instante en que lo vio. Ella había sido llevada a punta de pistola al callejón junto a la galería que mostraba sus cuadros y había visto a un hombre poderoso, no alto pero sí inmensamente ancho. Estaba enfrentándose a tres



hombres armados y no parecía en absoluto asustado.

Se veía peligroso.

Y ella se había enamorado.

Pero aquello era en otro tiempo, en otro continente y en otra vida. Tembló, como si pudiera apartar así los recuerdos.

Su esposo era tremendamente perceptivo.

—¿Qué sucede, mi amor? —preguntó amablemente.

Grace no respondió, pero le hizo una pregunta a cambio.

—¿Qué estabais haciendo tú y Mike cuando habéis desaparecido? ¿Estabais fumando puros? Eso es lo que me he supuesto, pero no olíais a humo de cigarro. ¿Estabas fumando?

Ella se puso los puños cerrados sobre las caderas e intentó parecer feroz.

Su asombroso esposo, el hombre más fuerte que había visto, un hombre que jamás había sido vencido en combate, un hombre que sería mejor que cualquier francotirador, levantó las manos fingiendo terror.

—¡Nunca! —tembló exageradamente—. ¿Me arriesgaría a tu ira? Tiemblo ante tus pies. Casi no me dejas comer carne. ¡Solo Dios sabe qué castigo me pondrías por fumar un puro!

Grace entrecerró los ojos.

—Si te pilló fumando un puro, mi venganza sería rápida e inmisericorde.

—¡Voilà! —gritó. Sus oscuros ojos brillaban—. ¡He aquí un marido obediente y completamente libre de humo!

Ella se rió. Hacer que comiera una dieta saludable era una batalla constante. En Nueva York él había vivido como el Rey Sol y también había comido como el Rey Sol. Tenía un personal en rotación con chefs importantes en el piso debajo de su ático, que le enviaban elaboradas comidas de cuatro estrellas tres veces al día con su equivalente en colesterol.

Ahora ella lo alimentaba con pescado, frutas y verduras, y él se quejaba entre dientes por tener que obedecer a la policía alimenticia, pero ella sabía que él se sentía mejor.

—Así que no cambies de tema. ¿A dónde os largasteis los dos?

Esta vez su sonrisa era traviesa.

—Ah, querida. Fue para preparar... tu regalo de Navidad.



Grace puso los ojos en blanco y soltó un suspiro. La eterna pregunta. ¿Qué le daría? Él se lo preguntaba miles de veces al día, y con cada cumpleaños, día de San Valentín y Navidad, sufría de manera evidente.

¿Qué le daría?

Nada.

Tenía todo lo que posiblemente podría desear. Un marido que la amaba y cuyo amor era visible y tangible cada segundo de cada día. Un hogar hermoso en una isla tropical. Tiempo y espacio para pintar.

¿Qué otra cosa podría querer o necesitar?

Ciertamente no las chucherías que seguía intentando darle.

—¿No otro diamante? —preguntó, sospechando. El último pesaba tanto que le daba la vuelta en el dedo y brillaba tanto que la dejaba ciega cada vez que estaban a la luz del sol, lo que era cada día en Sivuatu. Después de una semana regresó a su cajita y lo pusieron en la caja fuerte de la pared que contenía cientos de esa clase.

Él se rió.

—Eres, tal vez, la única mujer en la tierra que no quiere diamantes, amada mía. Que le desagradan.

—No me *desagradan* —murmuró Grace.

Los diamantes eran piedras. Grandes piedras brillantes cuyo único propósito era atraer una gran cantidad de atención. Una mujer envuelta en joyería costosa era objeto de envidia, a veces de odio. Lo opuesto a lo que ellos necesitaban. Para salvar sus vidas tenían que volar bajo el radar de todo el mundo.

Drake comprendía en teoría pero no en la práctica que aquella sencillez era un manto protector, uno que ella tenía toda la intención de usar para cubrirlos.

Ser normales les protegía. En Nueva York, Drake había vivido a lo grande aunque alejado de los ojos curiosos, pero con un exagerado grado de lujo. Y todos los elementos de seguridad del mundo, los guardias armados y las ventanas blindadas, no habían bastado para salvarlo porque sus enemigos habían sabido que estaba allí.

Habían llegado a grandes extremos para convencer a sus enemigos de que estaba muerto. Así que, ¿por qué atraer la atención con un hogar excesivamente hermoso, con un ritmo de vida alto, joyas y ropas de diseñador híper caras?

Era de locos, suicida.

—Los diamantes atraen la atención y no queremos eso, amor mío. —Ella le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó justo debajo de la oreja, un punto que sabía por experiencia que le haría temblar.



Ahí, sí.

—No necesito diamantes —le susurró al oído—. Te necesito a ti.

Él le rodeó la cintura con su brazo, sosteniéndola fuertemente contra él y ella sintió que algo se elevaba rápidamente contra su estómago.

Para sorpresa suya, en vez de bajarla al suelo o al sofá, él se separó con una sonrisa que ocultaba un secreto.

—Vale. De acuerdo. —Su voz tenía aquel tono ligeramente gutural de cuando se excitaba y ella podía *ver* lo muy excitado sexualmente que estaba. Aun así se mantuvo a una cierta distancia y le alargó tres hojas de papel—. Ahí está tu regalo de Navidad, dos días antes.

Perpleja, tomó las hojas, leyéndolas cuidadosamente, sin entender hasta que, de golpe, lo hizo.

Se le abrieron los ojos mientras alzaba la mirada hacia su marido, sorprendida. Él sonreía.

—¿Esto... —ella sostuvo las hojas de papel normal de fotocopiar—... esto es de verdad? ¿Para... para nosotros?

—Oh, sí —contestó suavemente—. Con otro nombre, por supuesto.

—Por supuesto.

Habían tenido muchas identidades desde que habían «muerto», y continuaban teniéndolas. Por ejemplo, ella pedía libros en tapa dura de Amazon para que se los entregaran en Australia, luego volaban hasta su isla con la compañía de su marido bajo otro nombre y tarjeta de crédito ficticios, y los libros electrónicos iban a su cuenta de Kindle bajo otro nombre inventado y otra tarjeta de crédito.

—Estos son... —De golpe sus manos temblaban, el papel se movía—. Estas son entradas para “*Aida*” en la Casa de la Ópera de Sydney, una representación del “*Fantasma de la Ópera*” y para el *Cirque du Soleil* —susurró—. Todo en Sydney.

—¿Están bien? —preguntó Drake de repente frunciendo el ceño—. En la web decía que había elefantes vivos en el escenario de Aida. No sé lo que significa eso. ¿Quién quiere elefantes vivos en un escenario? Imagina si tienen un movimiento intestinal. Y los otros espectáculos, por lo visto son populares. ¿Te gustaría ver esas cosas?

—Muchísimo —le aseguró suavemente.

—Y hay una muestra de cien Picassos en el Museo de Sydney. Sé que te gustará eso.

Grace estaba tan tentada como jamás lo había estado en la vida. Los diamantes no la tentaban, de ninguna manera, pero *esto*. Una ópera, dos representaciones. *Picassos*.



Su voz temblaba tanto como sus manos mientras posaba los papeles, intentando disimular su tristeza.

— Amor mío, no puedo aceptarlos. No nos pondré en peligro. No vale la pena.

Tenían que quedarse en aquella isla para siempre. Drake lo había dejado bien claro cuando escaparon de su intento de asesinato e hicieron el viaje hasta Sivuatu.

Había comprado una línea aérea que volaba de y hacia la isla y las tres compañías navieras cuyos barcos amarraban allí. Conocía a todos los que llegaban a la isla y disimuladamente grababa sus rostros. Tenía el pulso bien medido a la isla, de eso no cabía duda.

Aquella isla era segura.

Él estaba meneando la cabeza.

—¿Cómo has podido pensar, mi dusch..., querida, que no tengo esto bien planeado? Jamás actué en Oceanía, jamás. Nunca he actuado en el sureste asiático. No puedo imaginarme a ninguno de mis viejos enemigos en Australia. Volaremos con nombres falsos en el jet ejecutivo de SivAir. He preparado para nosotros un apartamento alquilado en el centro de Sydney así que no tendremos que registrarnos en ningún hotel. Australia tiene muy pocos circuitos cerrados de televisión en las calles de las ciudades, muchos menos que, digamos, Londres, París o Nueva York. Cuando estemos fuera, llevaremos sombreros de copa ancha y gafas de sol. Para las representaciones nos he comprado asientos en los palcos y todos los demás asientos de dichos palcos.

Ella se rió.

— Por supuesto que lo hiciste.

Un ligero atisbo de esperanza se fue asomando a su corazón.

— Y mientras hice los arreglos, no tuve cosquilleo. Ni un poco de cosquilleo.

— ¿Cosquilleo?

— Cosquilleo de peligro.

Ella se obligó a no sonreír, a la fuerza controló su risa.

— Ni un poco de... ¿cosquilleo de peligro? — La risa se le atascó, esperando traidoramente, en la garganta. Tuvo una imagen repentina de su marido en su habitación de prácticas de artes marciales blandiendo un... cosquilleo.

— Ni uno —dijo todo serio—. Tengo un muy afinado sentido del peligro, perfeccionado durante toda mi vida, y siento que nada nos va a suceder en Sydney durante tres días.

Ella lo miró, parpadeando, apenas atreviéndose a esperar que aquello pudiera



sucedier.

—Entonces. —Él cogió las entradas de las representaciones de la ópera y se las devolvió. Ella las tomó con manos temblorosas—. ¿En serio crees que nos pondría en peligro? ¿Que no planearía esto cuidadosamente?

—No lo sé. —Ella lo miró a los ojos—. No sé hasta dónde eres capaz de llegar con tal de complacerme. Me asusta porque no es necesario. Insistes en querer conseguirme regalos bonitos simplemente porque yo hago algunas pocas cosas a mano.

—Tú haces obras de arte. Obras de arte inestimables. Pero por mucho que me encante agradarte, no creerás que te pondría en peligro innecesariamente, ¿verdad?

Puesto de esa manera...

—No.

—Entonces. —Aquella era su palabra favorita. Tenía un ligerísimo acento. Había crecido huérfano en las calles de Odessa. En su anterior encarnación como jefe de un enorme sindicato del crimen, hablaba cinco idiomas perfectamente y otros cinco lo suficientemente bien para negociar. Su inglés era casi perfecto y su muy ligero acento no molestaba a nadie en Sivatuu porque se esperaban que un maltés tuviera acento.

Pero a ella le parecía de lo más sexy cuando decía «entonces». Alargando la palabra. *Entoncesssss*.

—Entonces. Vamos a ir. Pasaremos las navidades entre el gentío de Sydney, viendo representaciones y Picassos y, que Dios me ayude, una ópera. —Aquello último fue dicho con un gemido doloroso y ella se rió—. ¿Estás feliz?

Había hecho aquello por ella. ¿Cómo no iba a estar feliz?

—Oh, sí. Increíble y salvajemente feliz. —Estudiaba las entradas, imaginándose *Aida*, el *Cirque*. ¡Y el *Fantasma*! Todos aquellos años en Nueva York e, idiota, no había ido aunque le encantaba el CD y se sabía las canciones de memoria. Miró el logo de la máscara blanca con la rosa roja.

—¿Y agradecida?

—Oh, sí —respondió soñadora, pensando en los tres días ante ellos.

—¿Cuánto? —ella lo miró, sorprendida por el tono repentinamente grave.

Y se sonrojó.

Tenían una vida sexual fabulosa. Drake era un amante tierno y atento que se tomaba su tiempo en complacerla. Pero cada tanto algo en él cambiaba y ella captaba un atisbo del hombre verdaderamente peligroso que era. Ella no lo había domado, ni un poquito. Él solo prefería mostrarle su lado más tierno que, decía, solamente había



descubierto con ella.

Pero a veces el tigre en él gruñía y arañaba hasta llegar a la superficie. Y entonces el sexo era incandescente.

Su cuerpo entero estaba tenso, los tendones marcándosele por su poderoso cuello, las enormes manos flexionadas. Aquellos ojos castaño oscuros brillaban como si el poder que los alimentaba desde dentro se hubiera encendido de golpe. Mientras ella lo observaba un temblor enorme lo recorrió.

—He dicho que, ¿cuán agradecida estás?

Observar su transformación era alucinante pero lo que le estaba sucediendo a ella en su interior en aquellos momentos incluso lo era más.

Algo, algo animal, también se había despertado en ella.

Una oleada de extremo calor la recorrió, de la cabeza hasta los pies, el calor cosquilleando bajo su piel, brillando entre sus muslos. Casi no podía ni respirar, apenas formar palabras.

—Mucho. —Su garganta estaba tensa, casi cerrada. Hablar era difícil porque hablar no era lo que deseaba hacer—. Muy agradecida.

No se estaban tocando, pero era como si una vara al rojo vivo los conectara. Podía ver su excitación incluso sin mirar hacia su entrepierna. Estaba en su rostro sonrojado, en las mejillas que tenían un punto de sangre tártara, la tensa boca, las ventanas de la nariz hinchadas.

Y él podía ver la suya, también. Tenía una piel muy pálida que mostraba la mayoría de las emociones. Ahora estaría sonrojada. Le empezó a sudar la espalda, una gota cayó entre sus pechos.

—Muéstrame —susurró él gravemente—. Muéstrame lo agradecida que estás.

—De acuerdo —le susurró ella en respuesta.

Guiada por algo completamente más allá de su control, Grace se sacó la ropa. Lentamente. No porque quisiera hacer para él alguna clase de striptease (cuando él estaba así no necesitaba más seducción) si no porque sus manos temblaban y sus rodillas parecían tan débiles que casi no la tenían en pie. Tenía que moverse lentamente o se caería hecha un charco de calor.

O estallaría.

Gruesas bandas de acero le rodearon el pecho, haciendo difícil que respirara. Puntos negros brillaban ante sus ojos.

Con manos temblorosas las llevó a un lado. Su vestido se sostenía en la cintura por un pequeño clip enganchado. Lo desabrochó y las dos partes de abrieron. La ropa



interior era un sujetador sin tirantes y unas bragas. Se daba el gusto de usar ropa interior cara porque no se veía y porque ponía a su marido a cien.

Ahora estaba decididamente a cien. Casi podía notar las oleadas de excitación que emitía como humo. Casi vibraba de deseo.

—Vestido fuera.

Ahora sí sabía lo excitado que estaba porque estaba perdiendo su facultad de hablar. Y la sintaxis.

Lentamente se sacó de los hombros el lino color verde esmeralda, dejando que el vestido cayera al suelo.

Los ojos de él llamearon y le hizo un gesto impaciente con la mano.

Respiración profunda. Su gran mano envió olas de calor en su dirección, golpeándola en la entrepierna como llamas de fuego.

Ella alargó la mano tras de sí, desabrochándose el sujetador. La seda ligera aleteó hasta el suelo. En cualquier otro momento ella habría admirado la pálida seda verde sobre el lino verde esmeralda, pero su cerebro estaba demasiado cargado para notar las menudencias estéticas. Todo lo que sentía era calor que convertía sus huesos en líquido.

—Bragas —dijo él, su voz gutural. Sus ojos oscuros estudiaban cada aspecto de su cuerpo tan intensamente que era como si la estuviera tocando en vez de observándola.

Bragas. Ay Dios. Sacarse las bragas iba a requerir equilibrio y sus piernas casi ni la sostenían. Ella se agarró del borde de la cajonera con una mano, mientras se bajaba las bragas con la otra. Estas también volaron suavemente hasta aterrizar a sus pies.

—Sácalas.

Todavía agarrada de la esquina de la cajonera, levantó un pie calzado con sandalias, y luego el otro. Mientras él observaba, uno de los pies apartó las bragas de seda para que quedaran junto con la otra ropa apilada.

Estaba desnuda y casi lista para caerse.

Drake no se movió. Él simplemente la miraba con ojos abrasadores, todavía completamente vestido.

—¿Me deseas? —preguntó él, ronco.

—No tienes ni idea —susurró Grace.

—Muéstramelo.

¿Que se lo mostrara?



Se miró hacia abajo. Sus pezones estaban duros, de color rojo cereza. Su pecho izquierdo latía con el zumbido de su corazón. Por supuesto, él no podía ver sus rodillas, que eran líquidas, no podía sentir lo tenso que tenía el pecho.

Solo había una cosa que pudiera hacer para mostrárselo.

Grace separó las piernas, doblando un poquito una rodilla. Mirando abajo, el ángulo estaba mal para ella, pero seguramente él sí podría ver los labios de su sexo, brillando por la humedad. Con las piernas abiertas, el aire se sentía frío contra su sexo.

—Muéstrame más.

De acuerdo...

Todavía agarrada del borde de la cajonera, Grace recorrió con su mano libre, lentamente, el camino hacia el centro de su cuerpo. Su piel se sentía caliente al tacto, ligeramente húmeda. Un dedo entre sus pechos y luego la palma de su mano sobre su estómago.

La ardiente mirada de Drake la siguió, clavada en su mano.

Cuando ella detuvo la mano en su bajo vientre, él pasó a clavarle la mirada en sus ojos.

Ni siquiera habló, solo hizo un gesto con la cabeza.

Más.

Ella asintió.

Ambos estaban ya más allá de las palabras en aquel momento.

Grace abrió su mano y la deslizó entre sus piernas, cerrando los ojos mientras se tocaba. Necesitaba el tacto de Drake, lo ansiaba, su vagina lloraba por él. Al menos sus dedos apagaron un poquitín aquel fuego abrasador.

Se pasó los dedos índice y medio sobre los labios de su sexo y gimió una suave exhalación de aire.

Drake volvió a temblar, le tembló todo el cuerpo.

Lentamente, porque si se movía rápido las piernas le cederían, Grace deslizó su dedo medio dentro de ella y soltó el aire con un brusco jadeo, como si le doliera.

No era dolor lo que sentía.

Drake también gimió.

Ella sacó el dedo un poco fuera, luego lo volvió a meter. No era como sentir el miembro de su marido en su interior, pero era algo. Cualquier cosa sería mejor que este calor vacío y hambriento que lloraba por su toque.



Cuando volvió a sacar el dedo, su vagina se cerró, apretándolo, fuertemente. Sus piernas, por instinto se tensaron y los músculos de su estómago también.

Ella miró abajo, lo vio, miró a su marido, él también lo vio. Su mano se deslizó fuera y se la mostró a él. La palma de su mano y especialmente su dedo medio estaban empapados con sus jugos.

Ella se lamió el dedo medio.

Fue como si de golpe él se hubiera liberado de sus ataduras. Se lanzó hacia ella, la apretó contra sí y de alguna manera, al mismo tiempo, liberándose, se sacó su gigantesco pene erecto de los calzoncillos.

Con un solo brazo su esposo, el hombre más fuerte que conocía, la levantó, poniendo sus piernas alrededor de su cintura y entró en ella con un único y duro empuje.

Se estaban besando salvajemente y ambos exhalaban cuando él empujó fuertemente dentro de ella.

Sin esfuerzo de ninguna clase, una mano colocada detrás de la cabeza de ella y la otra sosteniéndola de las caderas, Drake los llevó caminando a la cama.

A cada paso que daba se movía en su interior; dentro de sus hipersensibles tejidos, incluso el más ligero de sus movimientos era tan excitante como sus empujes.

Ella gimoteaba para cuando él alcanzó su enorme cama. Incliniéndose lentamente, todavía incrustado en ella, suavemente colocó su espalda sobre el cobertor y se tumbó sobre ella. Cuando lo hizo ella pudo sentir los músculos duros como el acero de su estómago contra el de ella a través de su fina camisa de seda.

Era excitante, estar completamente desnuda contra él, su pene profundamente metido en ella mientras él estaba completamente vestido. Ella podía sentir en la parte interna de sus brazos los anudados músculos de su espalda y hombros bajo la camisa de seda, y contra sus muslos sentía la parte trasera de las piernas de él, enfundadas con sus pantalones de algodón.

Se sentía completamente abierta, completamente vulnerable con aquel hombre duro, fuerte y altamente peligroso que jamás le haría daño.

Su pene era como un bate duro y caliente en su interior.

El hombre era enorme. Cuando hacían el amor, sus prolegómenos duraban una eternidad porque él quería estar seguro de que ella lo tomaría sin ningún dolor. Había sido capaz de entrar con un único golpe solo porque ella había estado tan excitada y mojada.

Ella pulsaba alrededor de él, otro fuerte tirón de su vagina y él parpadeó.



—Todavía no, amor mío.

Sus palabras rebotaron en su cabeza vacía, sin tener mucho sentido. Pero solo había una respuesta para su marido.

—De acuerdo —dijo entre jadeos.

Grace se levantó un poco, cerrando los ojos cuando lo sintió alargarse todavía más, algo que debería ser imposible. Ya se sentía como si fuera a llegarle hasta el corazón.

Ella pulsó de nuevo alrededor de él y lo sintió dar un tirón dentro suyo.

—¡Espera! —él se movió por encima de ella haciendo que se empujara todavía más en su interior.

Un zapato cayó al suelo, haciendo el mismo sonido que su corazón. Su cuerpo entero se paralizó, centrado totalmente en el sitio donde él estaba dentro de ella, tan caliente y pesado.

Moviéndose sobre ella, en ella, otro golpe y ella explotó en un clímax, temblando bajo él, colgándose a él con brazos y piernas mientras se tensaba alrededor suyo explosivamente, tironeando fuerte de su pene con sus músculos internos.

Ella arqueó la espalda y los sonidos que salieron de su boca, sonidos animales, sonidos casi de dolor mientras la bomba de calor hizo que siguiera pulsando contra él, apretándolo rítmicamente, temblando con la intensidad de todo aquello.

Finalmente las pulsaciones se fueron deteniendo, se hicieron menos intensas, menos en el filo del dolor. Se convirtieron en un placer sensual, como meciéndose en un cálido océano infinito. Y entonces se detuvieron.

Ella estaba empapada de sudor de la cabeza a los pies, absolutamente incapaz de pensar, o de dirigir sus músculos. Sus brazos caían a sus costados, sus piernas abiertas, imposible mantenerlas colgadas de las caderas de él.

Se relajó aún más, meciéndose en aquel océano interminable, simplemente respirando y disfrutando de los restos de aquel intenso placer.

Finalmente fue capaz de abrir los ojos, solo para encontrarse con unos ojos marrones que la miraban fijamente a menos de dos centímetros. Él estaba tan cerca que podía sentir su respiración sobre el rostro.

Él sonrió, un lento curvarse de sus labios que hizo que a ella se le doblaran los dedos de los pies.

—Ah, amor mío. Si te corres tan fuertemente cuando me quito los zapatos, ¿qué va a pasar cuando me quite los pantalones?



Sydney, Australia

Al día siguiente.

Drake se detuvo delante de los ventanales del lujoso ático alquilado. Había sido caro, pero no era nada. De hecho, si aquel viaje iba bien, y Grace se lo pasaba bien, puede que hicieran otros viajes a Sydney y compraría aquel apartamento o uno como aquel.

No vendrían a menudo. No era bueno tentar al destino, como decían los americanos. Tal vez dos veces al año. Podía comprar aquel apartamento bajo un nombre falso y mantenerlo para su uso.

Porque, bueno, Grace estaba ansiosa y feliz, y junto con mantenerla a salvo, aquello era su prioridad.

El apartamento no era un fuerte como su ático en Manhattan. Las ventanas no eran antibalas como las de Manhattan. La verdad era que a pesar de toda la seguridad que había tenido allí (los guardias armados las veinticuatro horas del día, todos los días, el elaborado sistema de sensores eléctricos, las ventanas blindadas) no había bastado para mantenerlo a salvo.

El ataque del asesino casi le había costado la vida y así habría sido si no fuera por Grace, que lo había salvado.

Nueva York había sido peligrosa para él de una manera que Sydney no era.

Nueva York era un punto de unión para el tipo de hombres que compraba lo que él tenía que vender. Sin duda habría algún tipo de comercio de armas en Sydney pero era a pequeña escala y no implicaba a los grandes jugadores mundiales. Él lo sabía bien. Había estado en la cima de la cumbre.

Miró hacia el exquisito puerto, el brillante sol poniente que pintaba todo con brillantes tonos, resaltando los intensos colores del océano, la luz reflejándose como diamantes sobre muchos edificios hermosos.

Ver las cosas desde un punto de vista estético era una novedad. Era su maldición y su placer, y totalmente culpa de Grace. En toda su vida jamás se le había ocurrido ver las cosas a través de su hermosura. Todo lo que había hecho era escanear sus entornos buscando amenazas y Dios sabe que había habido un montón de ellas.

Amenazas.

Extendió sus sentidos, revisó la situación. Habían volado en el jet privado de su compañía. Habían entrado en el país con identidades distintas, había alquilado el apartamento a nombre de una corporación fantasma que jamás podría ser rastreada



hasta un ser humano en particular, y los billetes los había comprado a nombre de otra identidad diferente.

Se habían puesto sombreros de ala ancha y enormes gafas de sol desde el aeropuerto al apartamento, lo que era perfectamente plausible porque hacía casi treinta y ocho grados afuera.

Calor en Navidad. Se había pasado toda su vida en el hemisferio norte con la excepción de dos visitas a Johannesburgo. Una caldeada Navidad todavía era algo que le sorprendía.

Cuando habían salido de Sivuatu hacía treinta y tres grados.

Admiraba las vistas mientras continuaba escaneando, buscando amenazas, pero nada sobresalía en su radar.

Por supuesto, era perfectamente posible que su radar se hubiera arruinado de manera permanente por culpa de la más aterradora de las emociones conocidas por el hombre: la felicidad.

La felicidad podría matarlo.

La felicidad le aterrorizaba y le fascinaba. Jamás había sido feliz en su vida anterior. Aunque había sido el jugador número uno en un juego peligroso durante mucho tiempo, su ascensión hasta allí había sido brutal y le había hecho estar vigilante cada segundo del día para mantenerse vivo en lo alto de la cadena alimenticia.

Lo que le había parecido suficiente. El poder y los lujos que el dinero podía comprar.

Pero entonces, por supuesto, hubo un precio en sangre: el odio, el temor y la envidia. Ira asesina. Hombres de tres continentes cuyo único pensamiento era asesinarlo y ocupar su lugar.

El estar atento era algo en su ADN, pero tenía pocos motivos para ejercerlo, puesto que había muerto y había empezado una nueva vida con Grace.

¿Se estaba volviendo un blandengue?

Meditó sobre ello. Una vida segura, alguien a quien amar... ¿provocaría aquello su caída? Se sabía de hombres que se habían vuelto blandos, habían perdido su filo, y luego su vida.

Él buscó cuidadosamente en su interior, porque estaba apostando no solo su vida, si no la de Grace.

No. La certeza se aposentó en su pecho. Estaban a salvo. Aquello se podía hacer. Podía incluso convertirse en una nueva normalidad.



A salvo, una vida feliz con la mujer que amaba. Impensable hasta entonces.

—¿Querido?

Drake dio media vuelta y su corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Y cómo era posible? Llevaban juntos un año. La había poseído cientos de veces. Conocía su cuerpo y su alma por completo. Y aún y así, míralo.

Cuando la veía sin esperarlo, su corazón daba un golpe fuerte en su pecho como si fuera un ataque cardíaco, pero no lo era. Lo sabía porque había ido a un cardiólogo y había chequeado su corazón. El doctor había sonreído y le dijo que viviría hasta los cien.

Era Grace quien se lo provocaba.

Allí estaba ella, con un hermoso vestido que había confeccionado con un montón de seda china en turquesa que el hijo de su modista había enviado desde Shanghai. Había costado prácticamente nada. La modista era increíble pero para nada cara.

Grace había fabricado sus propias joyas: cuentas de cristal con intrincados tirabuzones de color, pegados a tiras de seda. Tenía un chal en color crema por si acaso más tarde enfriaba, unas sandalias sencillas y un sencillo bolso negro. Todo su vestuario le había costado lo que él gastaba normalmente en el vino de una cena con alguna de sus amantes allá en Manhattan, pero en ella parecía que costara un millón de dólares.

—Que guapa estás —le dijo suavemente, y ella lo miró sorprendida.

Todo su cuerpo lo sentía al borde, la piel demasiado tirante para contenerlo.

—Gracias —dijo su amor con una sonrisa. Ella caminó hacia él y le tocó la mejilla. Él le cubrió su mano con la suya y se la llevó a la boca. Le tocó con su lengua la palma y observó cómo se le dilataban las pupilas.

Ah, sí. Ella también lo sentía.

Grace dio un paso atrás, insegura, como separándose de un imán.

Meneó la cabeza.

—Sé en lo que estás pensando. Y por mucho que me gustaría jugar contigo, tenemos unas reservas para cenar y la ópera.

—Sí, señora. —Con algunas dificultades, Drake se contuvo. Durante el paso del último año se había acostumbrado a tener a Grace siempre que la deseara. Jamás había habido ningún impedimento aparte de si ella sentía deseo o no.

Ahora ella sentía deseo, estaba claro. Un ligero sonrojo bajo el bronceado, una respiración irregular y rápida. Oh, sí, ella también lo deseaba.

Pero él *podría* tenerla, en cualquier momento que quisiera. Sería egoísta por su



parte ceder a sus ganas y perderse la cena, cuando cena y teatro eran sus regalos de Navidad para ella.

Drake tenía grandes dosis de control sobre su cuerpo. Lo sostuvo perfectamente quieto cuando le habían recolocado un hueso y lo habían cosido sin anestesia. Podría soportar el pequeño mordisco del deseo insatisfecho.

Ofreció su brazo como el caballero que no era.

— ¿Señora? Creo que caminaremos hasta el restaurante. No está lejos.

Él disfrutó del aliento que soltó y la sonrisa cegadora que tenía cuando se volvió hacia él, el estallido de alegría.

— ¿Podemos caminar al restaurante? Qué maravilloso. Es una noche hermosa. Pero... ¿pero es seguro?

Por millonésima vez Drake comprendió lo que pedía de Grace. Abandonar casi todo por él. Le había dicho que solía amar dar largos paseos alrededor de Manhattan. No habían salido a pasear (un paseo de verdad) desde que habían escapado del intento de asesinato hacía un año.

Él colocó un brillante rizo rojizo detrás de su oreja y se inclinó para besarle la mejilla.

— Podemos ir a pie.

Tomaron el ascensor para bajar y se unieron a las felices multitudes navideñas en la calle. La cabeza de Grace iba de un lado al otro para verlo todo. Sabía que ella estaba almacenando imágenes, colores, formas y tonos de luz.

La cabeza de él no daba tantas vueltas si no que estaba alerta. Caminaban por una calle peatonal llena de gente feliz. Algunos niños estaban haciendo breakdance y se detuvieron a mirarlos. Eran muy buenos, una delicia observarlos. Fluidos y ágiles, inundados con la felicidad de la juventud y la salud. Sin que lo vieran, introdujo un billete de cien dólares australianos en el gorro de seda del suelo.

— ¿Tu sentido arácnido te dice que todo va bien? — la voz divertida de Grace sonó detrás de él.

Se giró para ver sus ojos sonrientes.

— ¿Cómo? ¿Mi sentido arácnido?

Grace se rió y entrelazó sus brazos de nuevo.

— Obviamente tus conocimientos en cultura pop son deficientes. Es una frase de Spiderman. Él tiene sentidos de araña, mayores que los nuestros. Tu cosquilleo. — Él la miró y ella volvió a reírse, dándole un codazo en el costado —. ¿Tu cosquilleo? ¿De peligro?



—Ah. —Drake miró a su alrededor mientras caminaban. No, paseaban. *Paseaban*. Hasta donde él sabía, nunca jamás había caminado lentamente por una ciudad, disfrutando las vistas. Y durante los últimos diez años de su carrera criminal, jamás había caminado para nada, si no que había hecho que lo llevaran en coche del punto A al punto B con un Mercedes blindado, con ventanas tintadas y su propio almacén de oxígeno. Alejado del mundo en su propio nicho protector.

Nunca de los nunca así, viviendo todas las vistas, sonidos y olores de una gran ciudad.

Extendió aún más su radar interno. Tenía un sentido del peligro altamente afinado, nacido en una vida de batallas. Una vida entera donde un momento de descuido, de subestimar a tu adversario, de no caer en los detalles de una amenaza oculta, podrían lograr que lo mataran.

El peligro normalmente se manifestaba en una sensación de pavor, un cosquilleo en la nuca, frío en la boca del estómago.

Nada. No sentía absolutamente nada de eso. Ni frialdad, ni oscuridad. Ninguna amenaza. Solo seres humanos felices hasta donde sus ojos podían ver. Algunos tenían prisa, sí, por llegar del punto A al punto B, pero la mayoría también paseaba, mirando los escaparates iluminados, disfrutando del último rayo de luz solar. Muchos miraban a los restaurantes, planeando la cena.

¿Cómo se había perdido aquello toda su vida? ¿Todo aquel movimiento y actividad, las vistas, sonidos y olores? Había una esencia palpable en el aire que solo aparecía con gente feliz en un mismo sitio y era algo que jamás había experimentado hasta entonces. Algo que no sabía que fuera posible.

—Ni un cosquilleo —dijo, ausente. Dio otro barrido, encontrando solamente gente metida en sus propios asuntos, sin interés de ninguna clase en él. Si acaso, un par de hombres echándole miradas apreciativas a Grace que giraron las cabezas cuando él los miró fijamente.

—Es agradable, ¿verdad? —Grace restregó la cabeza contra su hombro, el tipo de gesto que todavía lo sorprendía. Un gesto de afecto, de ninguna manera algo sexual—. Estar con toda esa gente feliz en un día soleado.

—Sí, amor mío. Lo es. Es muy agradable.

Para entonces Drake se había acostumbrado a la extraña comprensión que Grace tenía de sus emociones. A veces parecía que lo entendiera mejor que él mismo.

Le habría asustado, pero si había una cosa que había comprendido durante el último año, la cosa que era el pilar de su existencia, era que Grace de verdad lo amaba. Él estaba a salvo en sus manos, en todos los sentidos.



—He comprobado el mapa. El restaurante no está lejos de aquí. Y la ópera está al girar la esquina. —Él tembló exageradamente y Grace volvió a reír.

Aquello era delicioso. Tan poco común. Tan... tan *nuevo*. No estaba recibiendo ninguna clase de señal de peligro. Veía muy pocas cámaras de seguridad y estaba seguro de que sus sombreros y gafas de sol bastaban como disfraz.

Vaya. Quizá fueran a poder hacerlo más veces.

Agradaría a Grace y maldito fuera si no le agradaría también a él.

Un cuarto de hora más tarde estaban en el restaurante.

Era un restaurante bonito, se llamaba *La Mer*. Cocina moderna de fusión con tonos franceses, o así decía la web. No tenía ni idea de lo que significaría aquello, pero la comida olía deliciosa.

Era un espacio moderno y grande lleno de luz. Todo el muro trasero eran puertas de cristal que daban al glorioso puerto. Las puertas estaban abiertas. Directamente a continuación había una estrecha piscina alargada, colocada con arte para que pareciera como si el final de la piscina se uniera con el mar.

En vez de aire acondicionado, había unos grandes ventiladores en el techo y una brisa oceánica soplaba por la estancia.

Los camareros se apresuraban portando bandejas de comida que parecían obras de arte. A juzgar por las expresiones de los comensales, la comida sabía tan bien como se veía.

Grace se detuvo en el vestíbulo, mirando lentamente a su alrededor. Su rostro brillaba mientras suspiraba de placer.

—¡Esto es fabuloso! ¡Y la comida huele tan bien! ¿Cómo hiciste para encontrarlo si me has dicho que no has estado nunca en Sydney? —le sonrió—. Qué pregunta más tonta. Lo has mirado en google por: “el restaurante más caro en Sydney”.

Él parpadeó. De hecho había sido: “El mejor restaurante en Sydney” y *La Mer* había aparecido como la primera opción en nueve de cada diez listas.

Había comprobado el plano del local y había prometido un extra de ciento cincuenta dólares si les aseguraban la mesa más alejada de la sala, cercana a las puertas y a la maravillosa vista.

Ya acomodados, se reclinó en la silla y observó a Grace mientras esta pedía por ambos. No le importaba qué jodida comida fuera. Estaría buena. Y era simplemente maravilloso verla mientras se concentraba en el menú con las cejas fruncidas.

—Espero que te guste lo que te he pedido —dijo finalmente después de una interminable conversación con su paciente y amigable camarero. A Drake le había



llevado menos tiempo negociar una venta de diez millones de dólares en armas a un señor de la guerra abjasio.

—Todo pescado —dijo él con un suspiro. Habría preferido carne, pero ella lo tenía bajo una estricta cuota de carne y ya se había comido toda la del mes durante la última semana—. Estoy seguro de que lo disfrutaré —añadió educadamente—. Tal vez tengan que ir a pescar el pez y que les lleve tanto tiempo pescarlo y cocinarlo que al final lleguemos tarde a la ópera.

Ella se rió y él sonrió al oírla. Le encantaba oírla reír.

Un sumiller con cabello blanqueado y en punta les vertió el vino que ella había pedido. Un Chardonnay sudafricano.

Delicioso.

Era un signo de lo cómodo que se sentía el que fuera a beber alcohol en público. Algo que jamás habría hecho en su vida anterior.

Así era como estaba empezando a pensar en ello. Su vida anterior. Otra completamente diferente, nada que ver con esta, ya no.

Esta era su vida ahora. Caminar por una calle comercial llena de gente. Una comida deliciosa en un bonito restaurante. Más tarde, la ópera. Su placer se enturbió un poco al pensar en la ópera, pero, ¿quién lo sabía? Tal vez el nuevo Drake, Manuel Rabat, incluso la disfrutara. Sabía que desde luego sí iba a disfrutar del deleite de su esposa.

Una vida de... de felicidad.

Impensable antes.

Bastante posible ahora.

El camarero colocó unos entrantes ante ellos. Pulpitos fritos, ostras envueltas en jamón, almejas en salsa caliente. Y unos pescados, que no reconoció, en salsa de jengibre y guindilla. Triángulos de pan de focaccia frito con mousse de brie.

—Ay, Dios —gimió Grace mientras extendía el mousse y se metía la focaccia en la boca—. ¡Esto es delicioso!

Habría sonreído si su boca no hubiera estado llena.

Grace miró a su alrededor otra vez cuando se acabaron los entrantes.

—Es tan extraño tener este espíritu navideño en verano. Unas navidades con temperatura caliente.

Lo era. Versiones en jazz de los villancicos sonaban suavemente de fondo. Un enorme árbol de navidad con cilindros de gas brillaba en un rincón. Hojas de palmas decoradas con lucecitas colgaban alrededor de la balaustrada de la escalera de acero



y cristal que conducía a un segundo piso.

Un gordo Papá Noel en la entrada, con barba falsa moviéndose por la brisa que producían los ventiladores del techo.

Era Navidad, pero una muy diferente de las que había visto. Calurosa y soleada. Perfecto clima playero.

Los australianos eran gente informal y la mayoría de los comensales incluso en este caro restaurante estaban vestidos con ropa playera y bermudas, mostrando kilómetros de piel bronceada por el sol.

Grace le tocó la mano.

—Nos acostumbraremos a ello.

—Oh, sí —contestó suavemente.

Sí, lo harían. Él odiaba el frío. Se había pasado toda su infancia en las calles de Odessa. En invierno había intentado desesperadamente no congelarse de frío, acurrucado contra puertas y rejas. Si nunca más volvía a pasar frío, sería un hombre feliz.

Y... bueno, lo *era*. Era un hombre feliz. Se maravillaba solo de pensarlo.

—Podemos hacer de estas navidades una tradición —le dijo a Grace—. Navidades en Sydney. Mi regalo de Navidad para ti.

—La ópera —suspiró y puso los ojos en blanco al ver la expresión de él—. Verdi, Puccini, Wagner.

Drake tembló y dio otro sorbo del vino para ayudarse a tragar aquella idea.

La música enlatada cambió a una agradable versión en saxofón de «*Do You Hear What I Hear?*», uno de los pocos villancicos que reconocía. La música en soul, agradable y suave de fondo, llenó su cabeza.

Cerca, estalló una llama en una mesa cuando el camarero vertió coñac sobre algún tipo de postre cremoso y le prendió fuego. Una mujer de la mesa con el postre flambeado echó hacia atrás la cabeza y rió.

El Papá Noel estaba haciendo rondas por las mesas gritando “¡Ho, ho, ho! ¡Feliz Navidad!”

El Maitre se apartó de su puesto con el ceño fruncido.

Su camarero asignado colocó un plato de risotto con frutos de mar delante de un comensal en la mesa junto a ellos. Drake lo miró con interés porque él también lo había pedido. O más bien, Grace lo había pedido para él. Tenía un aspecto excelente y...



Hielo le golpeó en el estómago.

Levantó la cabeza, de repente estaba alerta.

Música, comida, vino... todo olvidado al instante.

Lo que él era en esencia, un animal bajo amenaza constante, surgió en primera línea.

Miró cuidadosamente alrededor del restaurante, ya no estaba feliz ni relajado. Si él hubiera sido un submarino, la señal de torpedo estaría en marcha. Escaneó el restaurante como un francotirador haría: en cuadrantes, atentamente vigilando cada elemento.

Comensales felices, personal de servicio de aspecto inocuo. Un gordo Papá Noel deseando a todos feliz Navidad.

¿Qué era lo que fallaba?

El Maitre de ceño fruncido estaba conversando con el camarero jefe, sus cabezas agachadas y pegadas.

Drake empezó a hiperventilar lentamente. Fuera lo que fuera que estuviera mal, su cuerpo sabía que necesitaría oxígeno extra para tratar con ello.

Tenía su mano apoyada sobre la de Grace y ahora la apartó. Iba a necesitar ambas manos.

Joder. No tenía armas. Era un tirador excepcional, pero no tenía arma de ningún tipo. Había sido una decisión por decreto. Su jet tenía una pistola larga desmontada y una Beretta en una caja metálica bajo llave, camuflada como kit de primeros auxilios, pero había decidido entrar limpio en Australia. Si compraba un apartamento allí, almacenaría armas. Por si acaso.

Una mujer rió y chocó su copa con otra mujer en una mesa a unos diez metros de la de ellos. Obviamente estaban celebrando algo.

Su estómago le dio un retortijón, los músculos preparándose para la acción.

¿Qué era lo que iba mal?

—¡Ho, ho, ho! ¡Feliz Navidad! —gritaba el Papá Noel, terminando su recorrido por las mesas junto a la pared.

El Maitre estaba cogiendo su teléfono móvil.

—¡Ho, ho, ho! ¡Feliz Navidad!

Aquello era dicho con el mismo tono exacto y cadencia que las veces anteriores.

Drake miró al Papá Noel más atentamente. Había algo en el tono de la voz... y con el siguiente *ho ho ho*, lo pilló.



Era una grabación, las palabras se repetían cada dos minutos o así. Llevaba puesto un traje de Papá Noel excelente. Incluso Drake, que jamás había celebrado las navidades, podía verlo. El traje con un corte impecable, hecho de telas caras. De blanco nieve y rojo sangre. Un gran cinturón negro alrededor de una gigantesca barriga.

El Papá Noel iba dando la vuelta al perímetro, deseándole a todos felices navidades con una voz grabada.

Ahora se estaba acercando a la mesa de Drake. Lo iba a poder observar más de cerca.

Todos los sentidos de Drake se pusieron en marcha. Los olores y sonidos se volvieron más finos, su visión de agudizó. Descartó a todos los comensales como fuente de su fuerte sentido de peligro y ahora se enfocó en el Papá Noel.

El traje, el gorro de felpa, la barba falsa... todo se veía demasiado cálido en aquella calurosa tarde. Del rostro le caían gotas de sudor. Llevándose consigo el pálido maquillaje. Bajo el maquillaje, la piel del Papá Noel era muy marrón.

El sudor estaba borrando por completo el maquillaje pálido, que caía sobre la chaqueta roja dejando hilillos claros.

La barriga del Papá Noel se veía grumosa, como si estuviera llena de cosas duras y no de relleno blandito.

El Maitre terminó su llamada, cerrando el móvil de golpe y se dirigió hacia el Papá Noel.

Este lo vio venir. Sus oscuros ojos se abrieron tanto que se le veía el blanco y las señales de peligro en Drake se acentuaron todavía más.

El tiempo se ralentizó hasta casi detenerse.

El Papá Noel tiró de su chaqueta, cerrada con velcro, y el sonido al rasgarse sonó de manera preternatural a sus oídos.

El Maitre estaba a veinte metros, levantando la mano hacia el Papá Noel haciendo el signo universal de detención.

La tela roja del traje del Papá Noel fue abierta lentamente por las manos con guantes blancos y en vez de mostrar algodón blandito lo que había era un chaleco con cilindros negros pegados y una tira de cable colgando alrededor de los cilindros.

En aquel momento sin tiempo, la mano del Papá Noel fue a tirar del cable que colgaba mientras el Maitre gritaba y Drake tomaba con una mano un bajoplató de plata de su mesa y con la otra, de una bandeja de servicio cercana, un cuchillo afilado y lanzaba ambas cosas al Papá Noel con todas sus fuerzas.



El bajoplató y el cuchillo fueron llegando lenta, muy lentamente, hasta la garganta del Papá Noel justo cuando la mano de éste se cerraba alrededor del cable.

—¡Allahu akhbar! —gritó.

De nuevo, con aquel estado temporal a cámara lenta que tenía en los combates, tan pronto como el bajoplató y el cuchillo abandonaron las manos de Drake, él se levantó de golpe, llevándose consigo la pesada mesa de madera para que estuviera entre él y el Papá Noel, tiró de Grace hacia el suelo y la cubrió tanto como pudo, mientras el Papá Noel caía a la piscina.

Entonces el tiempo regresó con toda su fuerza.

Hubo una explosión enorme, el sonido hizo que le vibrara el diafragma. Drake se apretujó contra Grace, deseando poder clavarla al suelo para darle más protección, sus brazos rodeándole la cabeza.

Una lluvia roja cayó mientras por encima de ellos se oían gritos. Con horror, vio una mano cubierta con un guante blanco que caía al suelo a un centímetro de él, balanceándose para luego alejarse rodando.

—¡Grace! —gritó sobre el resto de chillidos, todavía ligeramente sordo por la explosión. Se levantó un poco y frenéticamente la tocó por todas partes: cara, torso, piernas—. ¿Estás bien?

Ella estaba en shock, los ojos abiertos de par en par en mitad de un rostro blanco. Ella asintió y tragó lentamente.

Él se arriesgó a echar un vistazo a su alrededor, alejando su atención de Grace solo un segundo.

Los comensales, tan felices y contentos solo unos segundos antes, ahora gritaban y se arrastraban hacia la puerta, las mesas y sillas volcadas, los platos llenos de comida tirados por los suelos.

La piscina estaba roja, trocitos de ser humano flotando en la superficie.

Drake hizo inventario de la situación de golpe. Había confusión y un número de gente que sangraba, una mujer miró su mano roja y empezó a gritar. Bastantes personas caminaban sin saber qué hacer.

Pero no había nadie en el suelo con la inconfundible postura desgarbada de la muerte. Todo lo que vio Drake eran cosas menores: cortes, contusiones y shock. El agua había absorbido la mayor parte de la explosión.

El único muerto era el jodido suicida y ahora estaba a salvo en el infierno especialmente reservado para los que mataban en el nombre de Dios.

Empezó a sonar una sirena afuera, luego dos.



—¡Querida mía! —Drake besaba a Grace, la sostenía fuertemente. Podría haberla perdido pero no lo había hecho. Su milagrosa esposa estaba a salvo.

Él estaba temblando. Drake se había pasado toda su vida en combate, había aprendido a mantener la cabeza en el combate, o si no ya haría mucho que estaría muerto.

Pero ahora temblaba mientras abrazaba a su esposa.

Bajo él, Grace se estiró, sus brazos le rodearon el cuello y se colgó de él fuertemente mientras él se apretaba a ella.

Sus rápidas respiraciones por el shock sonaban fuertes en su oído, el corazón de ella martilleaba contra su propio pecho.

Todo aquello eran signos maravillosos de que estaba viva.

Ella jadeó, como si hubiera dejado de respirar, tomó un aliento profundo que sonó a sollozo.

—Drake —susurró, y él supo lo afectada que estaba si usaba el nombre que se había prohibido dejar escapar de sus labios.

—Aquí estoy —le respondió. Le besó la sien—. Ya se ha acabado. Todo está bien. Estamos bien.

Los brazos de ella lo apretaron todavía más y luego se relajaron un poco.

—¿Drake?

Él levantó la cabeza, ya capaz de sonreír para su esposa.

—¿Hum?

Ella tomó otro aliento profundo y lo dejó ir lentamente.

—¿Ese cosquilleo tuyo? —Grace levantó la cabeza y lo besó—. El. Mejor. Regalo. Del. Mundo.

Fin